

Escribí la mayor parte de esta especie de diario, o confesión, o comoquiera que se deban catalogar estas líneas, el año que viví en Nueva York. Cuando comencé a redactarlo no imaginaba cuánto amaría esta ciudad. Sólo lo sospechaba y seguramente lo deseaba para justificar el esfuerzo de desplazar a una familia numerosa: visados, nuevos colegios, búsqueda de casa...

Ahora, y pasado el tiempo, ese que todo lo calibra, empiezo a comprender cuánto significó Nueva York para mí. Llegué a la ciudad con la intención de escribir, ¿qué?, no lo sabía. Pero una mañana, al poco de desembarcar, una desconocida me hizo una pregunta en la puerta del colegio: «¿Por qué tuviste tantos hijos?».

Le contesté algo banal: «Porque me gustan los niños, porque vengo de una familia numerosa». Sin embargo, la pregunta se quedó revoloteando en mi cabeza. Quizás porque intuía que aquella desconocida, que es hoy mi amiga, esperaba una respuesta menos obvia. O quizás no esperara nada y su curiosidad fuera en realidad un mero trámite de cortesía, como quien pregunta por el tiempo. Pero lo cierto es que cuando las preguntas nos llegan de forma inesperada, o desde el maravilloso

punto cero de una amistad, sin interferencias y prejuicios, es cuando se prestan a una respuesta completamente mentirosa o completamente sincera.

Volví a casa caminando por la Segunda Avenida, rumiando esas preguntas aparentemente fáciles de contestar, y cuyo soniquete me impedía poner mis sentidos al servicio de la rutina de las calles y sus moradores, que a esas horas, en la fresca mañana de finales de verano, baten como cada día el asfalto con sus tormentos e ilusiones.

Llegué a casa y me puse a escribir. Esto.

Claro que no hace falta irse a Nueva York para contestar a una pregunta como la que me hizo aquella desconocida; ni a ninguna otra salvo que sea del tipo: «¿A qué huele el humo de la alcantarilla de la calle 58 con la Sexta Avenida a las tres de la mañana?». Lo que hace falta para contestar a algo así es marchar al exilio, al silencio, a donde faltan/fallan las agarraderas de la costumbre. Y Nueva York fue para mí ese exilio emocional. Desde la gigantesca ventana de nuestro piso alquilado bajo el puente de Queensboro, podía contemplar la vida de los otros como en una película, era como si todas esas figuras sólo vivieran para mí; puñados de biografías ambulantes que desfilaban bajo mi ventana para que yo pudiera escribir. Y aquella mañana, a mi mirada de depredadora en busca de una historia, se le sobrepuso, sin remedio,

la pregunta de la desconocida: «¿Por qué has tenido tantos hijos?» (¿son cinco «tantos hijos?»).

Podría haber contestado tirando de clichés, sofisticando en todo caso los numerosos relatos relamidos y manoseados con los que hemos emperifollado la maternidad y, de paso, endiosado el papel de las madres. O podía tratar de ser sincera, lo cual siempre me ha resultado difícil. Supongo que hay en estas líneas un poco de estas cosas: clichés que pretenden no serlo, y verdades a medias porque de la mentira no se escapa, o no del todo, ésta siempre dicta su ley, camuflada por pudores fosilizados o revestida por brillantes promesas de verdad y de honestidad.

En Nueva York, en esa ciudad-delirio, ruidosa, que siempre me ha recordado a la *USS Enterprise* –la gran nave sideral en donde conviven las razas de toda la Confederación Intergaláctica–, supe replegarme como un lirón sobre mi memoria y bucear en las entrañas. De aquella doble inmersión nació este relato íntimo, tejido en los recovecos del silencio y también del dolor, pues la muerte de mi hija, relegada durante años a una pulcra amnesia, regresó por la puerta grande y esta vez no pude escapar de ella sino a través de la escritura. Éste es el relato más íntimo que haya escrito jamás, y todo para dar respuesta a un asunto al que aún hoy sigo dando vueltas.